

La Primera Epístola de Juan

«Estas cosas os he escrito, a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna» (1 Juan 5:13)

Marcel GRAF

biblicom.org

Índice

0 - Acerca de la Primera Epístola de Juan	3
0.1 - Tema	3
0.2 - Subdivisión	3
1 - 1 Juan 1	3
1.1 - La revelación de la vida eterna	3
1.2 - La comunión con Dios, que es luz	4
2 - 1 Juan 2	5
2.1 - Nuestro abogado si hemos pecado	5
2.2 - El mandamiento antiguo y el mandamiento nuevo	6
2.3 - Las señales de un verdadero amor fraternal	6
2.4 - El crecimiento en la fe: padres, jóvenes y niños	6
2.5 - El carácter del Anticristo	8
2.6 - Mantenerse firme y permanecer	8
3 - 1 Juan 3	9
3.1 - Los hijos de Dios: a quienes el mundo no conoce	9
3.2 - Las 2 familias	9
3.3 - El odio y el amor	10
3.4 - Permanecer en el amor	11
4 - 1 Juan 4	11
4.1 - Los criterios que permiten reconocer a los seductores	11
4.2 - El amor de Dios por nosotros	12
4.3 - El amor de Dios se consuma en nosotros	13
4.4 - El amor de Dios consumado en nosotros	13
5 - 1 Juan 5	14
5.1 - Quien ama a su hermano demuestra que ha nacido de Dios	14
5.2 - El testimonio de Dios acerca de su Hijo	15
5.3 - La oración cristiana	15
5.4 - Conclusión	16

0 - Acerca de la Primera Epístola de Juan

0.1 - Tema

La Primera Epístola no menciona a ningún destinatario. Tiene un carácter general y se dirige a todos los hijos de Dios. Su objetivo era brindarles seguridad y paz respecto a su salvación. Por la fe en el Hijo de Dios, poseen la vida eterna (1 Juan 5:13).

Al mismo tiempo, el apóstol advierte a los creyentes contra los seductores (1 Juan 2:26). Les presenta los rasgos característicos de los hijos de Dios, para que puedan determinar si las personas que les rodean poseen verdaderamente la vida de Dios.

Juan menciona 3 atributos divinos: Dios es luz, Dios es amor, Dios da la vida eterna (1 Juan 1:5; 4:8; 5:11).

0.2 - Subdivisión

- Capítulo 1:1-4: Introducción: La Palabra de vida
- Capítulos 1:5 al 2:12: Las señales de una verdadera comunión con Dios
- Capítulo 2:13-27: Los 3 grados de la fe (Inserción)
- Capítulos 2:28 al 4:6: Las características de los hijos de Dios
- Capítulo 4:7-21: El amor de Dios
- Capítulo 5:1-21: La certeza de la fe

1 - 1 Juan 1

1.1 - La revelación de la vida eterna

Versículos 1-4. El apóstol Juan escribió esta Epístola bajo la inspiración del Espíritu Santo al final de su vida, hacia finales del siglo 1. Con este escrito, se opone a los falsos maestros que ya aparecían en aquella época y que negaban la filiación divina del Señor Jesús, su encarnación y la necesidad de una vida de fe marcada por la justicia práctica y el amor fraternal.

Juan comienza hablando de Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, que se hizo hombre. Lo llama «la Palabra de vida». Él era la vida eterna. Esa vida eterna también se manifestaba en el Señor Jesús cuando era un hombre en la tierra. A partir de ahora, esa vida también debe manifestarse en aquellos que creen en él como su Salvador (1 Juan 2:8).

El término «principio» del versículo 1 se refiere a la venida del Hijo de Dios a la tierra en forma humana. Los apóstoles podían percibirlo con sus sentidos humanos. Lo oían, podían contemplarlo e incluso tocarlo, pues no se trataba de una revelación espiritual. El Hijo de Dios vivía entre ellos como un verdadero hombre, con espíritu, alma y cuerpo.

Dado que todos los creyentes poseen la misma vida eterna, pueden estar en comunión unos con otros. Al ser esta vida verdaderamente divina, también somos capaces de estar en comunión con el Padre y el Hijo. Esto significa que podemos, por ejemplo, regocijarnos con el Padre a través del Hijo y saborear con el Hijo el amor del Padre. Nada puede añadirse al gozo que brota de tal comunión. Ha alcanzado su plenitud.

1.2 - La comunión con Dios, que es luz

Versículos 5-10. En el primer mensaje que transmite, el apóstol presenta la naturaleza de Dios: Él es luz. Puesto que se revela en un mundo lleno de pecado y de tinieblas morales, es este hecho el que hay que destacar en primer lugar.

La expresión «si decimos», que aparece 3 veces en estos versículos y más adelante en la Epístola, va seguida en cada ocasión de una prueba que permite verificar la sinceridad de esa profesión de fe. Así, el versículo 6 afirma claramente que un hombre que no está en paz con Dios vive en las tinieblas y no está en comunión con Él, aunque afirme lo contrario.

Pero el creyente camina en la luz de Dios, que se revela plenamente. Esta luz, por supuesto, lo ha penetrado y lo ha desvelado todo. Sin embargo, vive feliz en esta luz, pues no solo ha reconocido en ella su propio estado de pecado, sino que también ha experimentado que la sangre del Señor Jesús lo purifica de todo pecado manifestado por la luz divina.

Ningún cristiano alcanza en la tierra un estado sin pecado. Sería grave afirmar tal cosa. Por el contrario, debemos reconocer: «En muchas cosas todos tropezamos»

(Sant. 3:1). Pero, como hijos de Dios, podemos confesar nuestros pecados a nuestro Padre celestial, y él nos concede su perdón. Así es como se restablece la comunión entre nosotros y él, alterada por el pecado.

El versículo 10 muestra hasta qué punto es grave negar o minimizar el pecado en la vida de un creyente.

2 - 1 Juan 2

2.1 - Nuestro abogado si hemos pecado

Versículos 1-6. Para el apóstol Juan es importante que los miembros de la familia de Dios no pequen. Aunque el pecado siga arraigado en nosotros, no estamos obligados a pecar. El Señor Jesús quiere ayudarnos cada día a estar muertos al pecado y a no pecar. ¿Y si, a pesar de todo, ocurre? Entonces tenemos a Jesucristo en el cielo, quien se hace cargo de nuestra culpa. Como abogado o defensor, nos ayuda a tomar conciencia del pecado cometido y de su gravedad, y a reconocer nuestra culpa ante Dios y, si es necesario, ante los hombres. Así, gracias a la obra expiatoria del Señor Jesús en la cruz, donde murió por cada uno de nuestros pecados, el Padre nos perdonará y nos purificará.

Una de las características de la nueva vida de la que disfruta todo creyente es la obediencia a los mandamientos y a la Palabra de Dios. Los mandamientos son manifestaciones claras de la voluntad de Dios, mientras que su Palabra es más bien la expresión general de sus pensamientos. Si alguien afirma ser cristiano, pero no se ajusta a la Palabra de Dios en su vida, cabe preguntarse si es realmente un hijo de Dios.

Ahora bien, todo creyente está «en Él», es decir, posee la vida de Dios. Dios desea ahora que nuestro comportamiento en la vida cotidiana se parezca cada vez más a la vida de su Hijo, tal y como él la vivió aquí como hombre. El deseo de nuestro Salvador era hacer siempre la voluntad de Dios. Su vida estuvo marcada por el amor a Dios y a los hombres. ¿Y nosotros?

2.2 - El mandamiento antiguo y el mandamiento nuevo

Versículos 7-8. Por «el mandamiento antiguo» que los destinatarios de la Epístola habían recibido desde el principio, Juan se refiere a lo que el Señor Jesús dijo y vivió a lo largo de su vida. Él reveló a Dios, habló del Padre y mostró su amor y su gracia. El nuevo mandamiento no aporta nada nuevo en lo esencial (vean los términos del v. 7a). Pero lo que el Señor mostró a lo largo de su vida con sus palabras y sus actos –la revelación de la vida eterna–, eso debe hacerse realidad a partir de ahora en la vida de los cristianos creyentes. Su amor, su dulzura, su firmeza, su santidad, etc. deben caracterizarnos a partir de ahora.

2.3 - Las señales de un verdadero amor fraternal

Versículos 9-11. Estos versículos establecen un vínculo entre 3 cosas: la vida, la luz y el amor. Si la luz debe brillar en nosotros y a través de nosotros, nosotros mismos debemos encontrarnos en la luz. Para saber si esto es realmente así en nuestro caso, podemos remitirnos a los versículos 9 y 10. Se pueden decir muchas cosas, pero actuar en consecuencia es más difícil. Estamos llamados a amar a todos aquellos que poseen la vida divina y que, por tanto, pertenecen a la familia de Dios, incluidos aquellos que, desde un punto de vista humano, no resultan atractivos, o que incluso pueden resultar repulsivos. Solo quien posee la vida divina puede lograrlo. No es capaz de ello por su corazón natural. Además de la obediencia a la Palabra de Dios, el amor fraternal es, por tanto, también un signo distintivo de la vida divina en el creyente.

Los incrédulos están en las tinieblas, viven en ellas y avanzan a tientas en la oscuridad, sin ver ni su camino ni su meta. Muchos lo niegan, es cierto, pero así es como Dios lo ve y da testimonio de ello (v. 11).

2.4 - El crecimiento en la fe: padres, jóvenes y niños

Versículos 12-21. En el versículo 12, Juan se dirige a toda la familia de Dios. Cada redimido forma parte de ella, pues es hijo de Dios. Por la fe en Cristo, goza del perdón de sus pecados. Pero, al igual que en una familia humana, también existen diferentes etapas de crecimiento dentro de la familia de Dios. Juan distingue entre padres, jóvenes y niños, describiendo así diferentes grados de madurez espiritual.

Los padres han conocido al Señor Jesús. Él se ha convertido en todo para ellos. Lo conocen tan bien y mantienen una relación tan íntima con él que ya no desean nada más. Han encontrado la paz en él.

Estos jóvenes se distinguen por la fuerza espiritual que obtienen de la Palabra de Dios. Pero esta

Mais cette source de force ne s'ouvre qu'à ceux qui étudient la Bible avec assiduité et mènent une vie conforme aux enseignements de la Parole

fuerza de fuerza solo se abre a quienes estudian la Biblia con asiduidad y llevan una vida acorde con las enseñanzas de la Palabra de Dios. Los jóvenes han vencido al maligno resistiéndole firmemente en la fe y continúan resistiéndole (1 Pe. 5:8-9; Sant. 4:7). Sin embargo, corren el riesgo de sentirse atraídos por el mundo. De ahí la advertencia del versículo 15. Si el mundo se introduce en el corazón, el amor del Padre desaparece.

El versículo 16 describe lo que pertenece al mundo. Es todo lo que nuestro “yo” desea poseer, todo lo que queremos ver y lo que pensamos de nosotros mismos. ¡A menudo es más de lo que realmente somos! El mundo pasa, como todo lo que pertenece a este mundo. Pero un creyente vive para la eternidad y, por lo tanto, no debe apegarse al mundo.

A diferencia de los padres y los jóvenes, los niños pequeños de la familia de Dios aún son jóvenes en la fe. Lo que los caracteriza es que conocen al Padre. Cuando un niño pequeño crece sano, reconoce muy pronto a sus padres y sabe distinguirlos de los extraños. Lo mismo ocurre con los hijos de Dios. Como poseen una nueva vida divina, conocen a Dios como su Padre y saben que él los ama.

Pero como aún no conocen muy bien la Biblia y todavía tienen mucho que aprender, corren el riesgo de descarriarse. Hay muchos seductores en la cristiandad. Algunos de ellos se unieron en su día a los creyentes, pero luego los abandonaron, demostrando así que no vivían según Dios. Hoy regresan y difunden ideas erróneas sobre el Señor Jesús y su obra en el Gólgota. ¿Cómo pueden los hijos reconocerlos en la fe? Gracias al Espíritu Santo que habita en ellos. Es Él quien les permite, como ovejas del buen pastor, distinguir su voz de la de los extraños (Juan 10:4-5). Si se apartan de todo lo que no sea la voz del buen pastor, permanecen a salvo.

2.5 - El carácter del Anticristo

Versículos 22-23. El Anticristo que ha de venir niega que el Señor Jesús sea el Mesías prometido en el Antiguo Testamento. Además, cuestiona la filiación divina eterna del Señor Jesús, que había venido a revelar a Dios como Padre. Ya hoy nos enfrentamos, de una forma u otra, a este espíritu de mentira.

2.6 - Mantenerse firme y permanecer

Versículos 24-29. ¿Existe, para los hijos en la fe, una protección eficaz contra la influencia de todos esos errores y esas ideas nuevas que circulan en el mundo cristiano? Sí, y ello en 2 aspectos. La primera protección consiste en aferrarse a la Palabra de Dios, tal y como fue proclamada por el Señor Jesús, luego por sus apóstoles, y posteriormente consignada por escrito. La revelación del Padre acerca de su Hijo (v. 24) también forma parte de la verdad del Nuevo Testamento. ¡Aferrémonos firmemente a lo que los Evangelios y las Epístolas del Nuevo Testamento nos revelan acerca de Jesús!

El otro aspecto de la protección contra los seductores y lo que estos traen consigo es el Espíritu Santo, del que dispone cada hijo de Dios. Él nos da la capacidad de comprender la Palabra de Dios y de discernir la verdad. Cuando leemos la Biblia o escuchamos la predicación de la Palabra, es el Espíritu Santo quien nos ayuda a recibir la enseñanza en nuestro corazón.

A partir del versículo 28, el apóstol se dirige de nuevo a toda la familia de Dios. La exhortación para permanecer en él significa: pensar, actuar y vivir como lo hizo el propio Señor Jesús. Nuestra vida cotidiana debe y puede parecerse cada vez más a la suya. Así, aquellos que nos han enseñado no serán cubiertos de vergüenza en la revelación del Señor Jesús, sino que podrán regocijarse del fruto de su trabajo para el Señor (2 Juan 8; 1 Tes. 2:19-20).

¿Puede un apóstol o cualquier otro siervo del Señor verse también cubierto de vergüenza ese día? Sí, si las personas a las que han llevado a Cristo llevan una vida infiel.

3 - 1 Juan 3

3.1 - Los hijos de Dios: a quienes el mundo no conoce

Versículos 1-6. El capítulo 3 comienza con una exclamación y una alusión al maravilloso amor de Dios Padre. Él nos ha hecho un don de lo que antes solo pertenecía a su Hijo único: el amor del Padre ([Juan 17:23](#)). Así es como se nos introduce en la relación más íntima con Él: somos sus hijos, que tenemos un lugar en su corazón y en su casa. El mundo no puede comprender esto. Del mismo modo que los incrédulos no reconocieron en Él al Hijo amado de Dios, tampoco nos reconocen a nosotros como hijos amados de Dios.

¡Qué día tan maravilloso será aquel en el que veamos a nuestro Señor y Salvador! Para poder admirar entonces toda su gloria, debemos parecernos a él. Llevaremos entonces la imagen del Celestial ([1 Cor. 15:49](#); [Fil. 3:21](#)). Esta esperanza nos anima a desprendernos desde hoy de todo lo que no le agrada, de todo lo que no se ajusta a su pureza.

El versículo 4 nos muestra qué es realmente el pecado: todo lo que se hace según nuestra propia voluntad, sin tener en cuenta la de Dios. ¿Nos hemos dado cuenta ya de ello? Entonces, condenemos, mediante nuestro propio juicio, todo aquello que reconozcamos como fruto de nuestra propia voluntad.

El Señor Jesús es el único hombre sin pecado. Por eso, solo él podía quitar nuestros pecados, es decir, los pecados de todos los que creen en Él. Pero para lograrlo, tuvo que sufrir la terrible muerte en la cruz. Murió por nosotros y por nuestros numerosos pecados.

3.2 - Las 2 familias

Versículos 7-12. En estos versículos, el apóstol establece una comparación entre 2 familias. Habla de los hijos de Dios y de los hijos del diablo. Al describir las características de estos 2 grupos, omite deliberadamente todo lo que pudiera limitar su alcance, con el fin de poner de relieve lo esencial. Así es como se expresa aquí, al igual que en otros pasajes de esta Epístola.

En cuanto a los miembros de la familia de Dios, dice: Practican la justicia ([1 Juan 2:29](#)), no pecan, aman a sus hermanos (los creyentes). Así pues, si un creyente no

hace, en la práctica, lo que es justo a los ojos de Dios, si peca o si no ama a los demás redimidos, entonces actúa en contra de su naturaleza de hijo de Dios. –Los incrédulos llevan los rasgos de su padre. Su vida está marcada por el pecado, la injusticia y el odio hacia los creyentes, como muestra claramente el ejemplo de Caín.

El versículo 9 plantea un problema a algunos creyentes. Se dan cuenta de que, como hijos de Dios, lamentablemente siguen pecando. ¿Cómo explicar este versículo? Hay que tener en cuenta que Juan se expresa aquí de una manera particular. Lo que quiere decir es que una persona nacida de Dios se caracteriza por la vida eterna que ha recibido, y esta no puede pecar. Si, como hijo de Dios, peca, es una consecuencia de su antigua naturaleza. No ha estado lo suficientemente atento. Quizá también se haya alejado del Señor. O bien le ha faltado el juicio propio necesario. Sea como fuere, su antigua naturaleza ha podido volver a imponerse en él, y ha cometido pecados.

3.3 - El odio y el amor

Versículos 13-17. Quizás nos sorprenda, en efecto, el odio que nos profesan las personas incrédulas, a menudo religiosas. ¿Tenía Caín alguna razón para odiar a su hermano Abel? No, pero se daba cuenta de que Dios aceptaba las obras de su hermano como justas, mientras que rechazaba las suyas como malas. Por eso su odio le llevó hasta el asesinato. La vida piadosa de un hijo de Dios sigue despertando hoy en día el odio del mundo.

Si alguien no soportaba a los creyentes antes de su conversión, pero de repente los ama después de ella, demuestra así la autenticidad de su conversión. Ama a los hermanos porque posee la misma vida divina que ellos. Quien no tiene esa vida no comprende tal relación.

La peor consecuencia del odio es el asesinato (v. 15). A este extremo se opone el amor sin límites de nuestro Salvador, cuya entrega fue tan grande que sacrificó su vida por nosotros. No podía dar más ni quería dar menos. Siguiendo su ejemplo, también nosotros deberíamos estar dispuestos a mostrar tal entrega. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el Señor no nos pide tanto. En cambio, nos ofrece innumerables oportunidades para ayudar a nuestro hermano necesitado con nuestros bienes terrenales. Si un verdadero amor fraternal habita en nuestro corazón, nuestra mano se abrirá por sí sola. Pero si descuidamos ayudar a nuestro hermano

necesitado, eso pone en duda la autenticidad de nuestro amor. Este versículo, sin embargo, no autoriza a nadie a exigir amor por parte de su hermano, como ocurre a veces.

3.4 - Permanecer en el amor

Versículos 18-24. Dios desea que no nos conformemos con hablar de amor, sino que lo pongamos en práctica, en acción y en verdad. Solo entonces nuestras relaciones con él serán libres y felices.

Nuestro corazón nos condena cuando fallamos y pecamos. Sentimos la acusación de nuestra conciencia. Pero Dios sabe lo que realmente hay en lo más profundo de nuestro corazón. ¡Pensemos en Pedro! Es cierto que había negado a su Maestro de la forma más dolorosa posible. Sin embargo, al hablar con él, encontró una restauración total tras declarar al Señor Jesús: «Tú lo sabes todo; tú sabes que te amo» (a pesar de la negación que había tenido lugar) (vean [Juan 21:17](#)).

La seguridad es un concepto maravilloso que los creyentes del Antiguo Testamento aún no conocían. Cuando nada se interpone entre nosotros y Dios, tenemos libre acceso a su corazón y podemos contárselo todo. Ya se trate de nuestro camino futuro, de la fuerza necesaria para superar una dificultad, del apoyo de la gracia en una prueba o de cualquier otra petición: podemos presentarlo todo en oración ante aquel cuyo poder es tan grande como su amor. Él nos escuchará y responderá a nuestras oraciones.

En el versículo 23, encontramos primero el mandamiento de Dios y, a continuación, el del Señor Jesús. Dios quiere que nosotros, los hombres, nos arrepintamos y creamos en el Salvador. En cuanto alguien lo ha aceptado por la fe como su Salvador, el mandamiento de nuestro Señor se aplica a él: debe y puede amar a los demás que también pertenecen a la familia de Dios.

4 - 1 Juan 4

4.1 - Los criterios que permiten reconocer a los seductores

Versículos 1-6. El apóstol advierte a los amados destinatarios de su Epístola –y, por tanto, también a nosotros– contra los espíritus de error. Lamentablemente, hay mu-

cha gente que se hace pasar por siervos de Dios, pero que en realidad son falsos profetas. ¿Cómo podemos reconocerlos y apartarnos de ellos? Prestando atención a lo que dicen y a lo que ocultan deliberadamente.

Juan presenta 3 criterios que permiten distinguir el espíritu de error del espíritu de verdad:

- El primer criterio se refiere a Jesucristo. Cualquiera que no confiese que Jesús «ha venido en carne», es decir, que no lo reconozca como el Hijo de Dios, hecho hombre y venido a la tierra como tal, es un falso profeta.
- El segundo criterio es el mundo. Lo que predicán los falsos maestros se ajusta perfectamente a los gustos y expectativas de la gente de este mundo. Por eso los incrédulos los escuchan. Los aceptan y tal vez incluso se entusiasman con ellos.
- El tercer criterio son las palabras de los apóstoles. El «nosotros» del versículo 6 se refiere a los apóstoles. Estos hombres eran «de Dios». Su mensaje, que hoy tenemos por escrito en las Epístolas del Nuevo Testamento, está inspirado por Dios. Quien conoce a Dios, escucha las palabras de los apóstoles. Los críticos incrédulos y los falsos maestros presentan hoy la enseñanza de los apóstoles como la opinión de hombres de aquella época y de aquella cultura, que se puede aceptar o rechazar. Así se manifiesta el espíritu del error.

4.2 - El amor de Dios por nosotros

Versículos 7-10. Las advertencias contra el mal son necesarias (v. 1 al 6). Pero el objetivo principal de nuestra vida como creyentes es dedicarnos al bien, a lo que proviene de Dios. De ahí este llamamiento al amor mutuo.

El amor proviene de Dios. Su fuente está en él mismo. Sí, la naturaleza de Dios es amor. Puesto que hemos recibido la naturaleza divina al convertirnos, ahora somos capaces de amar con un amor que es de origen divino. Este amor ama por sí mismo, y no porque encuentre algo atractivo en el otro (*Deut. 7 y 8*).

¿Cómo y cuándo se manifestó el amor de Dios por nosotros? No se reveló ni en su creación, ni en la Ley. Se reveló cuando envió a su Hijo al mundo en forma humana. Lo envió, aunque sabía que su Hijo amado iba a sufrir allí el rechazo, la condena, el odio y, finalmente, la muerte. Pero el amor divino –el del Padre y el del Hijo– es mayor que cualquier oposición.

En nuestro egoísmo pecador, no amábamos a Dios; no podíamos hacerlo y tampoco queríamos hacerlo. Pero fue precisamente en ese momento, cuando éramos débiles, pecadores, enemigos e impíos, cuando Dios envió a su Hijo al mundo para que muriera por nosotros en la cruz. Con su muerte sacrificial, expió nuestros pecados. Así es como el amor de Dios alcanzó su objetivo. A partir de ahora, concede a cada creyente el perdón total y la vida eterna.

4.3 - El amor de Dios se consuma en nosotros

Versículos 11-16. La respuesta digna de Dios al amor infinito que nos tiene, tal y como hemos visto en los versículos 9 y 10, consiste en amarnos los unos a los otros. Incluso tenemos el deber de actuar así. Cuando los creyentes se muestran mutuamente un amor divino, los demás pueden vislumbrar algo del amor del Dios invisible. ¿Cómo se traduce esto en la práctica? El amor natural necesita un polo de atracción para expresarse. El amor divino, por su parte, ama por sí mismo. Además, actúa únicamente dando, y no exigiendo ni reclamando.

A través del Espíritu Santo que habita en cada creyente, Dios está en nosotros. Por otra parte, permanecemos en Dios porque poseemos su naturaleza. El conocimiento de Dios, de su amor y del poder del Espíritu en nosotros, nos convierte en testigos ante nuestros semejantes. Podemos decirles que el Hijo de Dios, enviado a la tierra, es el Salvador del mundo. Murió en la cruz por la salvación de los hombres perdidos. Pero cada uno debe aceptarlo personalmente, por la fe, como Salvador divino.

De ahí esta afirmación en el versículo 15: «Todo el que confiese...». Todo el mundo está llamado e invitado. Pero solo los creyentes disfrutan plenamente del amor de Dios (v. 16). El orden divino es, pues, el siguiente: reconocerse pecador, arrepentirse, creer en Cristo y en su obra redentora y, a continuación, como hijo de Dios, disfrutar plenamente de su amor.

4.4 - El amor de Dios consumado en nosotros

Versículos 17-21. En el versículo 9 se habla del amor de Dios por nosotros. Este amor se manifestó en el pasado mediante el sacrificio de su Hijo. El versículo 12 evoca su amor en nosotros. Eso es lo que experimentamos y de lo que disfrutamos hoy. Cuando el versículo 17 dice que el amor ha sido perfeccionado en nosotros, el apóstol piensa en el futuro.

Aunque haya un día de juicio por venir, sinónimo de temor y pavor para todos los incrédulos, Juan habla de seguridad en lo que respecta a los creyentes. Aquellos a quienes Dios ama tanto como a nosotros, sus hijos, ya no tienen ningún motivo para tener miedo. ¿Por qué? Porque Cristo murió por nuestros pecados y Dios nos ha perdonado todas nuestras faltas. Gracias a la nueva vida que nos ha dado, ahora somos como él en este mundo. En cuanto al juicio, estamos del lado del juez y ya no estamos en el banquillo de los acusados.

Este amor de Dios no solo elimina todo temor, sino que también genera amor recíproco como respuesta (v. 19). Pero este no puede demostrarse con meras palabras. Exige también una prueba de autenticidad. Esta se expresa en el amor al hermano. Es la tercera vez que se menciona nuestra actitud hacia el hermano (1 Juan 2:9-11; 3:10-23). El hecho de que debamos amarnos unos a otros no es solo un mensaje (1 Juan 3:11), sino un mandamiento. Esto confirma lo que el Señor Jesús había ordenado a sus discípulos en su momento (Juan 13:34).

5 - 1 Juan 5

5.1 - Quien ama a su hermano demuestra que ha nacido de Dios

Versículos 1-5. Tenemos el mandamiento de amar a nuestro hermano. Pero ¿quién es mi hermano? Es todo aquel que cree en el Señor Jesús y ha nacido de Dios. Se trata, pues, de todos los hijos de Dios, no solo de los más simpáticos y agradables, sino también de los más difíciles.

El amor y la obediencia van de la mano. Ya lo hemos visto anteriormente en esta Epístola. Es al guardar los mandamientos de Dios como demostramos nuestro amor por él. El Señor Jesús ya había dicho algo similar a sus discípulos (Juan 14:21-23). De esa actitud hacia Dios y hacia su Palabra brotará un verdadero amor fraternal. Nunca aprobará las malas acciones de un creyente, pero amará sinceramente a la persona en sí.

¿Por qué los mandamientos de Dios no resultan difíciles para el creyente? Porque se ajustan plenamente a los deseos de su nueva naturaleza. Poseemos esta nueva vida desde nuestra conversión. Ella tiene el deseo de agradar a Dios y de cumplir su voluntad. Pero el mundo en el que aún vivimos trata de impedirnos que obedezcamos a Dios y a su Palabra. Las influencias y las tentaciones son enormes. ¿Cómo

podemos seguir siendo vencedores y vencer al mundo? Fijando nuestra mirada, con fe, en Cristo en la gloria. Él lo venció en el camino de la fe (Juan 16:33). Si él sigue siendo el centro de atracción de nuestros corazones, no será el mundo quien nos venza, sino que seremos nosotros quienes lo venceremos.

5.2 - El testimonio de Dios acerca de su Hijo

Versículos 6 al 13. Jesucristo es el Hijo de Dios, que vino a la tierra como hombre. Pero no vino en primer lugar para vivir aquí, sino con el propósito de morir en la cruz en el Gólgota. Si pensamos en Juan 19:34-35, comprendemos el significado de su venida por el agua y por la sangre. El agua que brotó del costado del Salvador muerto habla de la purificación; la sangre, de la expiación. Como pecadores, necesitábamos estas 2 cosas, y ambas las encontramos en la muerte de nuestro Redentor: la expiación de nuestros pecados y la purificación de nuestro estado de perdición.

A estos 2 testigos de la muerte del Señor Jesús se suma el Espíritu Santo, tercer testigo. Él habita en nosotros y nos hace comprender las consecuencias de esa muerte.

Después de que Dios haya dado un testimonio tan claro acerca de su Hijo y de su obra redentora, resulta trágico no creer en el Hijo de Dios. Rechazarlo como Salvador equivale a hacer de Dios un mentiroso. ¡Qué gravedad! Este testimonio se refiere al Hijo de Dios y a lo que poseemos en él: la vida eterna. Todo creyente posee esta vida, y el Señor Jesús es, por tanto, su parte. Tiene al Hijo de Dios.

El versículo 13 es una fuente de consuelo para todo corazón acosado por la duda, que, aunque cree sinceramente en el Señor Jesús, no está seguro de que la vida eterna sea realmente su bien inalienable. La Palabra escrita puede aportar una certeza total al respecto. ¡Confía simplemente en lo que dice la Biblia!

5.3 - La oración cristiana

Versículos 14-17. Cualquiera que posea la vida eterna por la fe en el Hijo de Dios puede dirigirse a Dios con total libertad y presentarle todas sus peticiones. Cuando es la vida nueva, y no nuestra antigua naturaleza, la que prevalece en nosotros, nuestras oraciones estarán en consonancia con la voluntad de Dios, para que él pueda responderlas.

Una oración no es solo una cuestión de interés personal. También podemos inter-

ceder por los demás. Precisamente cuando vemos a hermanos y hermanas en la fe pecar, deberíamos sentirnos impulsados a orar con fervor para que se den cuenta de su falta, se arrepientan y recuperen su vida espiritual.

¿Qué es un pecado que lleva a la muerte? Muchos de nuestros pecados tienen consecuencias. Dios no las borra cuando perdona los pecados. En determinadas situaciones, estas consecuencias, que dependen de la soberanía de Dios, pueden acarrear la muerte física. Encontramos ejemplos de pecados que conducen a la muerte en Hechos de los Apóstoles 5:1-11 y en [1 Corintios 11:29-30](#).

5.4 - Conclusión

Versículos 18 al 21. Para concluir, se nos recuerdan 3 hechos que conocemos:

- Cada creyente posee la vida eterna, que no puede pecar. Su nueva naturaleza está a salvo del diablo.
- El hijo de Dios y el mundo se encuentran en total oposición el uno con el otro. ¿Trazamos, en la práctica, esta línea divisoria con tanta claridad?
- El Señor Jesús nos ha revelado a Dios. Es mediante la fe en él que estamos estrechamente unidos a él y al Padre. ¡Que nada nos aleje de él! En este sentido hay que entender la exhortación final: «¡Hijitos, guardaos de los ídolos!»